

Jordi Pujol, presidente

LA ESQUERRA SE CASO CON LA DERECHA

MANUEL CAMPO VIDAL

EL nombre de Jordi Pujol aparecía a principios de los años sesenta escrito en las paredes de Cataluña junto a la palabra "Libertad" o en hojas clandestinas en las que se denunciaba su detención, su tortura y su condena a siete años de cárcel —de los que cumplió algo menos de tres— por actividades de signo nacionalista. Considerado como el director de la campaña de boicot contra "La Vanguardia" emprendida tras una frase insultante de su director, Luis Galinsoga, contra el pueblo catalán, Jordi Pujol fue detenido tras los sucesos del Palacio de la Música Catalana: alguien arrojó octavillas desde el anfiteatro mientras un sector de público entonaba el prohibido "Cant de la Senyera" en presencia del mismísimo general Franco. Veinte años después, el nombre de Jordi Pujol se inscribe como el ciento quince presidente de la Generalitat de Cataluña.

La elección del nuevo presidente de la Generalitat de Cataluña ha deparado, en el Parlamento de Cataluña salido de las urnas el día 20 de marzo pasado, un espectáculo democrático todavía no vivido en España desde el restablecimiento de las libertades. El candidato a presidente tuvo que presentar a debate su discurso programático e incluso adelantó la composición de su Gobierno; cualificados representantes de los grupos parlamentarios (Cañellas por Centristes-UCD, Gutiérrez Díaz por los comunistas, Reventós por los socialistas, Víctor Torres por Esquerra Republicana, Josep Benet por el Grupo Mixto y Francisco Hidalgo por el PSA) analizaron con meticulosidad y hasta dureza su propuesta y denegaron su voto. Cuarenta y ocho horas después el candidato a presidente comparecía de nuevo con un discurso más ajustado a las exigencias de los grupos parlamentarios, discurso que ya había tratado de pulir sin resultado positivo en una nueva intervención al término de la sesión anterior; otra vez desfilaron los grupos parlamentarios para intervenir sobre el discurso del candidato; se leía

ya entre líneas en la segunda jornada que los catorce escaños ucedistas se sumarían a los cuarenta y tres de que ya disponía la coalición que encabezó Jordi Pujol; los veintitrés comunistas, los dos independientes elegidos en sus listas —Josep Benet y Pere Portabella—, más los andalucistas (Hidalgo y Acosta) le negarían su voto al igual que los treinta y tres socialistas.

Esquerra Republicana debía decidir la votación y entre sus catorce parlamentarios reinaba la división. Su portavoz, Francesc Vicens, director de la Fundación Miró de Barcelona, desmintió a media tarde cualquier sospecha de que el suspenso al que su partido sometía a Cataluña entera —que seguía el acontecimiento en directo a través de la radio— fuese artificial: "A estas horas —dijo Vicens— Esquerra Republicana todavía no sabe qué votar". Antes, en un restaurante de la Barceloneta los catorce diputados de Esquerra —entre los que se encuentra el presidente del Parlamento, Heribert Barrera— habían protagonizado una efervescente discusión presionados por su propia campaña electoral: "No nos casaremos con nadie", rezaba su slogan. Josep Benet diría ante el Parlament que "hay quien anuncia no casarse con nadie, pero en cambio después se amanceba". A las dudas sobre la posición a adoptar ante la candidatura de Pujol se unió una llamada telefónica del todavía presidente de la Generalitat, Tarradellas, quien había solicitado un nuevo retraso de cuarenta y ocho horas más antes de votar a su sucesor, pero, finalmente, tras otra nerviosa reunión de ochenta minutos en un inacabable descanso de la sesión parlamentaria, salió humo blanco y hasta el doctor Antoni Puigvert, diputado independiente por Lérida en las listas de Esquerra Republicana, se decidió a ocupar su escaño y cesar en su negativa de dar su voto a Pujol. A las diez de la noche del día 24 de abril de 1980, Jordi Pujol Soler era elegido presidente de la Generalitat en Barcelona (Josep Tarradellas i Joan había sido ele-

gido el 7 de agosto de 1954 en la Embajada de la República Española en Méjico). Cataluña daba así un paso esencial en su proceso autonómico y España consolidaba el Estado de las autonomías, al tiempo que vivía un espectáculo democrático escasamente parecido al propiciado con motivo de la investidura de Adolfo Suárez como presidente del Gobierno español. De un Parlamento de 135 diputados, Pujol había obtenido setenta y cinco votos con la negativa del resto. Centristes-UCD, Convergencia i Unió, más Esquerra Republicana habían hecho a Pujol presidente. Un diario titularía al día siguiente: "Pujol presidente con los votos de la derecha y la izquierda". El profesor nacionalista Jordi Carbonell obtenía así respuesta a su pregunta: "Ahora veremos qué tiene de izquierda la Esquerra". La Esquerra contrajo matrimonio con la derecha.

El júbilo de la Banca y la Iglesia

Las salas adjuntas al hemisferio catalán, desde donde algunos centenares de personas siguieron el desarrollo de las sesiones a través de un circuito cerrado de televisión, estaban repletas, además de por familiares de los diputados, de otro tipo de parientes: familiares políticos que obtuvieron una de las preciadas invitaciones, y familiares económicos. Por los pasillos del Parlamento catalán, mientras Jordi Pujol era elegido presidente de la Generalitat, paseaba Francesc Cabana, de Banca Catalana; Pere Durán Farell, de Hidroeléctrica y Banco Hispano Americano; Manuel Ortínez, de la Unión des Banques Suisses, y una inacabable relación de personajes de mayor o menor envergadura relacionados con los poderes económicos, todos al acoso del presunto conseller de Industria del futuro Gobierno Pujol, Vicens Oller, presidente del Círculo de Economía.

Excepto Durán Farell, que en unas declaraciones a "La Vanguardia" expresaba su preocu-

pación por el hecho de que se fuera a elegir un presidente de la Generalitat desde una situación de grave división del arco político catalán, se advertía entre los invitados una inocultable satisfacción por el hecho de que el sucesor de Tarradellas perteneciese a su misma área social. El boletín informativo de la patronal catalana "Fomento del Trabajo", sin esperar a la elección de Pujol, había titulado, a la vista de los resultados electorales, que "Cataluña ha elegido la libertad".

Pero si los ambientes financieros respiraban confianza y un cierto alivio, la jerarquía eclesial no ha podido tampoco disimular su gozo por la elección de Pujol, un ferviente católico al fin y al cabo, que invirtió algunos años de su juventud en el apostolado religioso. Dos días después de su elección, concretamente el sábado día 26, Jordi Pujol acudía a la Vela de Santa María con la que tradicionalmente se espera en la basilica de Montserrat la llegada de la festividad de la Patrona de Cataluña; precisamente este año en que se celebra el centenario de la proclamación de la Virgen de Montserrat como Patrona de Cataluña, Pujol subió también al monasterio, y el doctor Pont i Gol, arzobispo de Tarragona, no pudo evitar referirse a su presencia: "Empezamos las fiestas de este centenario con un buen augurio, porque nuestras instituciones están básicamente consolidadas, prueba de ello es la presencia entre nosotros del honorable presidente electo de la Generalitat, Jordi Pujol, a quien saludamos con respetuosa amistad y rogamos por el éxito de su servicio a Cataluña". El recibimiento que le dispensara el abad de Montserrat poco antes y las palabras del arzobispo de Tarragona resumían la cálida acogida de la elección de Pujol en el seno de la jerarquía eclesial catalana. Diversas entidades eclesiales, como la Fundación Bíblica Evangélica, han echado en estos días sus campanas al vuelo a través de comunicados a la prensa para manifestar su satisfacción.

Como remate de todo ello el honorable presidente de la Gene-



El nuevo honorable, Jordi Pujol, entre su esposa, Marta Ferrusola, y Heribert Barrera, presidente del Parlamento.

ralitat viajará a Roma el próximo mes de julio para ser recibido por el Papa Wojtyla. "Ya hubiese viajado antes a Roma en el marco de mis viajes a América y diversos países europeos —comentó Jordi Pujol—, pero no quería que se interpretase el viaje como la búsqueda de una rentabilidad electoral".

Suárez se enteró por la prensa

Un conflicto legal de envergadura ha estallado sin que apenas trascendiese a la opinión pública en los últimos días: el Madrid oficial se enteró de la constitución del Parlamento autonómico catalán por la prensa o a través de alguna conversación telefónica, o quizá por las gestiones del diputado Miguel Roca Junyent cerca del ministro José Pedro Pérez Llorca, para que Centristes-UCD votasen a Pujol, pero no por los canales reglamentarios. Habiendo sido ya elegido Jordi Pujol, todavía en Madrid no se tenía constancia oficial de la constitución del Parlamento catalán. Ciertamente, en los textos del Estatuto de Autonomía, o mejor, en sus disposiciones transitorias, habla una laguna legal, pero ante la falta de precisión, el presidente Tarradellas había optado por no mover un paso. Elegido Pujol el jueves por la noche, un intenso movimiento de entrevistas Tarradellas-Pujol, Tarradellas-Pujol-Barrera, se produjo en el fin de semana, hasta que Barrera obtuvo la documentación imprescindible que se entendía como adecuada y con un puñado

de oficios más, elaborados a toda prisa en la Secretaría del Parlamento, viajó el lunes a Madrid para ser recibido por Suárez y "legalizar" así el Parlamento catalán, que se constituyó a primeros de abril.

Parece claro que la previsión en el Madrid oficial, y en buena parte de Cataluña, era que el presidente de la Generalitat iba a ser, sin ninguna duda, el socialista Joan Reventós. Del mismo modo que los socialistas tenían prácticamente distribuidas ya con anterioridad las carteras, se asegura que hasta buena parte de las direcciones generales y muy probablemente la pedrea gubernativa, las gestiones del Gobierno entre algunos ambientes militares y eclesiásticos se habla dirigido a favorecer la digestión de un presidente socialista.

Joan Reventós incluso habría desvelado que el canciller Bruno Kreisky habría conversado con el Rey Juan Carlos sobre este tema y el Jefe del Estado español le habría dado a conocer su opinión, en la que no se registraba animadversión alguna a que un presidente socialista estuviese al frente de la Generalitat.

La táctica de preparar psicológicamente a determinados sectores en principio inquietos ante el proceso autonómico tuvo que modificarse sobre la marcha y "vender" la figura de Jordi Pujol ante esos mismos sectores, con el agravante de que quizá fue objeto de algunas referencias inconvenientes semanas antes para mejor introducir en los mismos sectores la figura del líder socialista Joan Reventós. Esa situa-

ción quizá explicase la prudencia que desde la misma noche en que se conocían los resultados electorales observó siempre Jordi Pujol y los principales dirigentes de su partido, prudencia no modificada tras su definitiva elección como sucesor de Tarradellas.

La izquierda, ante el president Pujol

Los próximos cuatro años van a ser realmente difíciles para Cataluña. Si todo tipo de dificultades quedaba ya garantizado por la crisis económica, por la necesidad de construir la autonomía y por el reflejo de la crisis política española y la tensión internacional, hay que añadir ahora la grave división del arco político catalán que se ha producido. Resultaron varios los llamamientos en favor de la unidad del senador Benet desde el mismo Parlamento catalán ("todos los países en similares circunstancias, como la Europa de la posguerra, optaron por fórmulas unitarias de gobierno"); en vano el secretario general de los comunistas catalanes, doctor Antoni Gutiérrez Díaz, planteó como último recurso la posibilidad de un gobierno de unidad presidido por Jordi Pujol para un período extraordinario de un solo año; en vano la Esquerra Republicana trató de atraer al Partido Socialista hacia un compromiso de gobierno del tipo centroizquierda; Jordi Pujol no planteó en ningún momento la posibilidad de un gobierno de unidad —o de progreso, como en realidad pidió en la segunda sesión en que se elegiría

a Pujol, el doctor Gutiérrez Díaz—, ni los socialistas quisieron aceptar cualquier fórmula que les distancias de su voluntad de permanecer en la oposición, manifestada a las pocas horas de conocer su derrota electoral.

Los próximos cuatro años se plantean desde este momento con los partidos representantes de la clase obrera catalana fuera del Consejo Ejecutivo de la Generalitat e incluso del área de Gobierno. Las particulares condiciones y dificultades para construir la autonomía adelantan la imposibilidad de ejercer una labor de desgaste sin matiz alguno. La persistencia de la crisis económica garantiza situaciones conflictivas en torno a la situación catalana en la que la transparencia del Parlamento es el único dato positivo que se divisa en el complicado panorama del próximo período.

Para los dirigentes del Partido Socialista, la decisión inamovible de permanecer en la oposición es la fórmula para recuperar el terreno perdido y plantear su ya viejo esquema de alternativa de poder, similar a la posición defendida por el Partido Socialista Obrero Español frente a la permanencia de Adolfo Suárez y la UCD en la Presidencia del Gobierno central. Para otro cualificado sector de observadores políticos, la decisión socialista puede significar la base de un nuevo retroceso en las próximas elecciones, porque difícilmente puede creerse en la oposición desde un partido relativamente débil y con una central sindical no mayoritaria. ■